



José Asunción Silva

Rubén Darío. Noticia literaria

Cuando la luna en su último cuarto menguante iluminaba escasamente, filtrándose por entre los sauces lánguidos las tumbas marmóreas de los cementerios; cuando los trovadores de cabelleras luengas, que pulsaban la guzla o el laúd en las altas horas de la noche al pie de las ventanas de los viejos castillos, empezaron a rendirse a la higiénica costumbre de acostarse temprano y levantarse con el alba; cuando las huríes permanecieron mudas a la voz doliente de sus enamorados galanes y, temerosas de que el relente de la noche las constipase, por nada ni por nadie abrían las persianas de sus balcones; cuando el mundo iba perdiendo la creencia de que caballeros en negros corceles atraviesan de noche los bosques umbríos; en una palabra: cuando el extravío de la imaginación llegó a su apogeo, hasta el punto de que el público fatigado comenzó a bostezar con Antony y acogía con rechifla Los Burgraves, formose en Francia un grupo de poetas que, si bien eran admiradores de Hugo, Lamartine y Musset, reaccionaron contra los predicamentos de la escuela romántica, dándole el golpe de gracia. Tales fueron, y aún podemos decir que son, los Parnasianos, que se distinguieron desde el principio por el culto que profesaron a la forma artística, a la nobleza de la rima, al colorido y propiedad de las imágenes y al análisis pasional desligado de quiméricos ensueños. Leconte de Lisle, Coppée, Sully-Prudhomme, Eugenio Manuel, Heredia y algunos otros constituyeron la nueva escuela, si acaso son nuevos los principios fundamentales del buen sentido y del buen gusto desvirtuados o echados en olvido por la exageración romántica.

Pero la labor del espíritu humano no se interrumpe jamás: de cada colmena las abejas toman distintas direcciones y van a dejar el rastro de su miel en las múltiples flores de los campos. Así los espíritus con cada descubrimiento, con cada verdad, con cada principio. La escuela moderna en literatura se dividió y subdividió prontamente,

adoptando los diferentes grupos otras tantas denominaciones según el matiz literario que predominaba en sus obras; de ahí los nombres de estilistas, formistas, fantasistas, impasibles, realistas que adoptaron los que no tenían asiento en el cenáculo aristocrático de los Parnasianos. Por último se desprendió de éstos un grupo de artistas que, bajo la jefatura de Esteban Mallarmé y Paul Verlaine, enarbolaron una bandera nueva y tomaron el nombre de Decadentes y Simbolistas. Para éstos las palabras no son los signos de las ideas, sino apenas «la notación caprichosa y libre de los pensamientos, y más todavía, de los ensueños de cada poeta». El procedimiento de los decadentes es completamente fin de siècle, como ahora se dice; relación vaga entre la imagen y el objeto, transmutación de cualidades y formas que turban la comprensión, epítetos raros, inesperados y extravagantes, símiles de las impresiones que nos producen las cosas y no de las cosas mismas, y otras condiciones de estilo alambicado y sutileza de ingenio que hacen a los decadentes perfectamente ininteligibles para el común de los lectores, lo cual es para ellos su mayor elogio.

Por dicha, en la literatura española las cosas han pasado de distinta suerte que en Francia. Allí el romanticismo fue apagándose lentamente como lámpara abandonada, sin que fuera reemplazado por ninguna escuela propiamente dicha. ¿Qué pensar, pues, de un escritor en lengua castellana, por añadidura hispanoamericano, y todavía más, nicaragüense, que se nos presenta vestido con las prendas de un parnasiano degenerado en decadente, sin dejar de ser por eso de pura cepa española? Tal es Rubén Darío, espíritu francés que habla en castellano, talento original, poeta enamorado de la forma, rico en imágenes brillantes, y músico y pintor con las palabras. Cualidades éstas tan extraordinarias en él que eclipsan en parte los defectos propios de la escuela decadente que, como planta exótica, representa entre los literatos españoles y americanos.

Como todo escritor original, Darío tiene desgraciadamente imitadores que le son no poco perjudiciales; de ahí que se hayan dejado oír entre nosotros algunas burlas, justas en parte, contra los pichones decadentes que en mal estilo y peor castellano, sin poesía, sin arte, pretenden seguir las huellas del poeta nicaragüense, copiándole, por supuesto, los defectos, y en manera alguna sus grandes condiciones, hijas todas del ingenio con que lo dotó la naturaleza y de la educación ática que se dio a sí mismo. Rubén Darío es todavía joven, cuenta treinta y dos años [sic], ha viajado por el Viejo Mundo y por las repúblicas de la América del Sur, y actualmente desempeña en Buenos Aires el Consulado de Colombia.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

